



CELEBRACIÓN PENITENCIAL
Guía Sugerida

Introducción

El sacramento de la reconciliación o de la penitencia da al cristiano la posibilidad de renovar los lazos de su relación a Dios que estén destruidos o debilitados como consecuencia de malas acciones y decisiones. Aceptado, ante Dios, las debilidades y fragilidades, los pecados, los excesos o las infidelidades, aprendemos a conocernos mejor y aprendemos la necesidad de saber hacer elecciones virtuosas, intenciones rectas y anhelos de santidad.

Cada cristiano que celebra este sacramento se reconcilia con Dios, con los hermanos y consigo mismo. Es por eso que se celebra como sacramento en la Iglesia. Al pecar disminuimos o destruimos nuestra relación con Dios y con la Iglesia, Cuerpo de Cristo y comunidad cristiana. Cuando celebramos la reconciliación somos readmitidos, re acogidos por Dios y por la comunidad que es Cuerpo de Cristo, su Hijo. El ministro que celebra con nosotros hace presente esto mismo: «Dios, Padre de misericordia, que, por la muerte y resurrección de su Hijo, reconcilió al mundo consigo y envió al Espíritu Santo para remisión de los pecados, te conceda, ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz; Y yo te absuelvo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén». La reconciliación, como sacramento y como disposición interior de cada cristiano, es la oportunidad de renovar la amistad con Dios y volver a vivir, siendo liberados de la muerte del alma.

El Mensaje de Fátima hace un llamamiento a la reconciliación con Dios. A causa de su amor a Dios, los pastorcitos se ofrecieron en oración y acciones para reconciliar a la humanidad con Él. La pequeñez y la simplicidad enseñaron lo que significa "gustar a Dios". Para ello, se dejaron guiar por la Madre del Cielo. La primera palabra de María en los Evangelios se dice en forma de pregunta: «¿Cómo será eso?» Una interrogación tan humana, tan nuestra, y tan parecida a tantas otras interrogantes que hacemos todos los días. Pero luego su palabra se abre y María exclama: «He aquí, la sierva del Señor. Hágase en mí según tu voluntad». Abriendo el camino, el corazón y la vida a Dios, confiando absolutamente en su palabra, María es la expresión de la acogida de Dios en nuestro mundo. De Nazaret al Gólgota, el «sí» es el gran motor de la vida de Nuestra Señora: lo exclamó en el momento de la anunciación, confiando en Dios; lo exclamó en Belén cuando comienza a seguir los pasos de Jesús; lo exclamó cuando presentó a Jesús en el Templo; lo rezó en su propio cuerpo, corazón sin mancha cuando, reencontrando a Jesús, tres días después de haberlo perdido, oyó que Jesús debía estar en la Casa del Padre; lo exclamó en Caná de Galilea cuando invitó a los presentes a confiar plenamente en Jesús; lo rezó cuando, durante el ministerio de Jesús, lo buscó; María rezó su «sí» cuando acompañó el camino de Jesús cargando la Cruz hacia el Calvario; lo rezó junto a la Cruz de Jesús, uniéndose al Misterio de la Redención y recibiendo a todos los hombres como sus hijos; rezó su «sí», esperando la venida del Espíritu Santo, perseverando en oración con los apóstoles, asociándose a las oraciones de toda la humanidad y se convierte en modelo de oración. Nuestra Señora reza permanentemente su «sí» en el cielo, de donde asiste con amor materno la Iglesia peregrina. La vida de Nuestra Señora fue un permanente «sí», «sí a Dios» y su proyecto; la madre del cielo es la primera imagen de la Iglesia y la que nos enseña cómo es que cada uno de nosotros ha de ser mejor Iglesia.

CELEBRACIÓN PENITENCIAL
Celebración
El pecado y la conversión

1. Canto

Perdón, Oh Dios mío

2. Ritos iniciales

V. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

R. Amén.

V. La gracia de Nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con vosotros.

R. Y con tú espíritu.

V. Hermanos, no hay fe sin permanente y constante conversión, sin permanente y constante unión de nuestra voluntad a la voluntad de Dios.

Por la conversión, de hecho, el don de la fe que recibimos en nuestro bautismo es permanentemente reavivado, y reavivado a partir de una vida permanentemente agradecida y dedicada a Dios; el don de la fe es fuente de esperanza, se expresa en adoración y se concreta en el amor.

El llamamiento a la conversión es central en todo el Mensaje de Fátima. La Madre del Cielo quiere lo mejor para sus hijos y, por eso, nos invita a la conversión de la vida para que la historia de cada uno y la historia del mundo sea una historia feliz.

A partir del encuentro con la Señora y Madre, los pequeños pastores, Francisco, Jacinta y Lucía, respondieron inmediatamente al llamamiento venido del cielo. Vivían, respondieron y anunciaron las exigencias y la necesidad de la conversión: liman lo que entienden en sus vidas como defectos, se abren completamente al designio de Dios a su respecto, dan una prioridad absoluta al amor a Dios, expresan su amor a los corazones de Jesús y de María a través de inmensos gestos y señales. Y, cada vez, que trabajan en su conversión, rezan «Oh Jesús es por vuestro amor, por la conversión de los pecadores y en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María».

El drama del pecado consiste, ante todo, en no dejarlo - intencional o espontáneamente – que Dios sea Dios en nuestras vidas. Es una ofensa a la gloria de Dios. Prestamos culto a otras cosas que no tienen capacidad de ser la finalidad de nuestras vidas y olvidamos la gloria de Dios. Entonces es necesaria la conversión para que Dios pase a ser el centro de toda nuestra vida. En breves segundos de silencio miremos a nuestros corazones y, a la luz del Espíritu de Dios, examinemos nuestra vida.

3. Silencio

V. Señor Jesús, que por la aparición de vuestra Madre Santísima en Fátima nos das la gracia de comprender mejor las dolorosas consecuencias de nuestros pecados, mueve nuestros corazones y nuestras voluntades para que nos volvamos a Ti y, por la conversión de nuestras

vidas, nos podamos encontrar contigo en el cielo. Tú, que eres Dios con el Padre en la unidad del Espíritu Santo. Amén.

4. Memoria de los acontecimientos de Fátima (Texto de las Memorias de la Hermana Lucía).

Francisco era de pocas palabras, y para hacer su oración y ofrecer sus sacrificios le gustaba esconderse hasta de Jacinta y de mí. Muchas veces le sorprendíamos detrás de una pared o de unas matas a donde se había escapado disimuladamente. Allí, de rodillas, rezaba o como él decía, *“pensaba en Nuestro Señor triste por tantos pecados”*.

Si le preguntaba:

- Francisco, ¿por qué no me dices para rezar contigo y con Jacinta?
- Me gusta más de rezar solo, respondió, para pensar y consolar a nuestro Señor que está tan triste.

Un día, le pregunté:

- Francisco, a ti, que te gusta más: de consolar a Nuestro Señor o convertir a los pecadores, ¿para qué no vayan más almas para el infierno?
- Me gusta más consolar a Nuestro Señor. No has notado cómo Nuestra Señora, aún en el último mes, se puso tan triste, cuando dijo que no ofendiese a Dios Nuestro Señor que ya está muy ofendido. Yo quería consolar a nuestro Señor y luego convertir a los pecadores, para que no le ofendieran más.

Cuando iba a la escuela, a veces, al llegar a Fátima, me decía:

- Mira: tú vas a la escuela. Yo me quedo aquí en la iglesia, junto a Jesús escondido. No me vale la pena aprender a leer; de aquí a poco voy al cielo. Cuando vuelvas, vienes por aquí a llamarme.

El Santísimo estaba, entonces, a la entrada de la Iglesia, a la izquierda. Se metió entre la fuente y el altar y allí lo encontraba, cuando volvía.

Después que enfermó, me decía, a veces, cuando, en camino de la escuela, pasaba por su casa:

- Mira: ve a la Iglesia y da muchas añoradas mías a Jesús escondido. De lo que tengo más pena es de no poder ya ir a estar unos bocados con Jesús oculto.

Un día, al llegar a su casa, me despedí de un grupo de niños de la escuela que venían conmigo y entré, para hacerle una visita y a su hermana. Como había sentido el ruido, me preguntó:

- ¿Tú venías con todos esos?
- Si, le respondí.
- No andes con ellos, que puedes aprender a hacer pecados.

Cuando salgas de la escuela, ve un tiempo a visitar a Jesús escondido y luego ven sola.

Un día, le pregunté:

- Francisco, ¿te sientes muy mal?
- Siento; pero sufro para consolar a Nuestro Señor.

Al entrar, un día, con Jacinta, en su cuarto, nos dijo:

- Hoy hablen poco, que me duele mucho la cabeza.
- No te olvides de ofrecer por los pecadores - le dijo Jacinta.
- Sí. Pero primero ofrezco consolar a Nuestro Señor, a Nuestra Señora y después, entonces, es que ofrezco por los pecadores y por el Santo Padre.

Otro día, al llegar, lo encontré muy contento.

- ¿Estas mejor?
- No, me siento mucho peor. Ya me falta poco para ir al cielo. Allí voy a consolar mucho a Nuestro Señor y a la Virgen. Jacinta va a pedir mucho por los pecadores, por el Santo Padre y por ti; y tú te quedas aquí, porque la Virgen lo quiere. Mira: haz todo lo que Ella te diga.

Mientras Jacinta parecía preocupada por el único pensamiento de convertir a los pecadores y liberar almas del infierno, Francisco parecía sólo pensar en consolar a Nuestro Señor y la Virgen que le había parecido estar tan tristes.

5. Celebración de la Palabra de Dios

Lectura de la Epístola del apóstol San Pablo a los Romanos 6, 2b-13

“Hermanos:

Los que hemos muerto al pecado ¿cómo seguir viviendo en él? ¿O es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva. Porque si hemos hecho una misma cosa con él por una muerte semejante a la suya, también lo seremos por una resurrección semejante; sabiendo que nuestro hombre viejo fue crucificado con él, a fin de que fuera destruido este cuerpo de pecado y cesáramos de ser esclavos del pecado. Pues el que está muerto, queda librado del pecado. Y si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él, sabiendo que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, y que la muerte no tiene ya señorío sobre él. Su muerte fue un morir al pecado, de una vez para siempre; mas su vida, es un vivir para Dios. Así también vosotros, consideraos como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal de modo que obedezcáis a sus apetencias. Ni hagáis ya de vuestros miembros armas de injusticia al servicio del pecado; sino más bien ofreceos vosotros mismos a Dios como muertos retornados a la vida; y vuestros miembros, como armas de justicia al servicio de Dios.

Palabra de Dios.

Salmo 95(94) ,1-2.6-7.8-9.

R. Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor, no cerréis vuestros corazón.

*Venid, exultemos de alegría en el Señor, aclamemos a Dios, nuestro Salvador.
Vamos a su presencia y demos gracias,
al sonido de cánticos aclamemos al Señor.
Porque gran Dios es el Señor, Rey mayor que todos los dioses.
Venid, postrémonos en tierra, adoremos al Señor, que nos creó.
Porque Él es nuestro Dios y nosotros su pueblo, ovejas de su rebaño.
Quién había escuchado hoy su voz: «No endurezcan vuestros corazones».*

Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo según San Juan 21, 15-19

Después de haber comido, dice Jesús a Simón Pedro: «Simón de Juan, ¿me amas más que éstos?» Le dice él: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Le dice Jesús: «Apacienta mis ovejas». Vuelve a decirle por segunda vez: «Simón de Juan, ¿me amas?» Le dice él: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Le dice Jesús: «Apacienta mis ovejas». Le dice por tercera vez: «Simón de Juan, ¿me quieres?» Se entristeció Pedro de que le preguntase por tercera vez: «¿Me quieres?» y le dijo: «Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero». Le dice Jesús: «Apacienta mis ovejas. En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías, e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras». Con esto indicaba la clase de muerte con que iba a glorificar a Dios. Dicho esto, añadió: «Sígueme».

Palabra de Dios

6. Homilía. Puntos para la oración:

- ¿Me amas? La pregunta sobre el amor y sobre qué o quién amamos es una pregunta esencial de nuestra vida;
- ¿Qué nos revela, en el día a día, nuestra vida?;
- la confianza en Dios, el único que "merece" ser la finalidad de nuestra vida;
- el don agradecido de la vida;
- la fecundidad creativa de nuestro bautismo;
- el pecado como ingratitud hacia los dones de Dios;
- el llamamiento a la conversión para que el mal no tenga la última palabra sobre el mundo y sobre el hombre.
- Fátima y el llamamiento del cielo como vocación de todo hombre.
- No podemos volver atrás y hacer nuevos comienzos, pero podemos parar ahora y, recomenzando, ser nuevos hijos: la reparación como capacidad de "ir a la raíz del problema" para darle otro final que no sea la destrucción;
- el hacer por obligación o por amor: el cristianismo como religión del amor;
- el infierno y la autodestrucción del hombre que se niega a aceptar a Dios;

- Rusia como símbolo de los males resultantes de la ausencia de Dios;
- la pregunta de Fátima y del Cielo por la Madre de Jesús: ¿Queréis ofrecer a Dios?
- los pedidos de la Madre del Cielo en el Mensaje de Fátima (oración, penitencia...)

7. Silencio

8. Oración Comunitaria

V. Dios mostró su amor con nosotros por el hecho de que Él nos había amado primero y había tenido compasión de nosotros cuando aún éramos pecadores. Tenemos más facilidades en la construcción de muros que puentes. Pero, en María, Dios estableció un puente continuo con la humanidad para darnos a saborear su misericordia. Por eso, nos convertimos a Él de todo corazón y confesamos humildemente nuestro amor diciendo:

R. Señor, Tú sabes todo, bien sabéis que te amo (o refrán cantado).

V. Como Pedro, también nosotros, Señor, confiamos muchas veces más en nosotros mismos que en tu gracia y en tu Palabra; pero tú, Señor, vuelve a nosotros y ten piedad.

R. Señor, Tú sabes todo, bien sabéis que te amo (o refrán cantado).

V. Muchas veces, Señor, hemos procedido sin humildad y sin prudencia y así caímos en la tentación; pero tú, Señor, vuelve a nosotros y ten piedad.

R. Señor, Tú sabes todo, bien sabéis que te amo (o refrán cantado).

V. En muchas ocasiones fuimos soberbios y juzgamos a los demás o dejamos sobrevenir a nuestra vida los sentimientos de envidia; pero tú, Señor, vuelve a nosotros y ten piedad.

R. Señor, Tú sabes todo, bien sabéis que te amo (o refrán cantado).

V. Por la presencia de los sentimientos de envidia, Señor, tal vez nos hayamos alegrado con las caídas de nuestros hermanos, en lugar de entristecernos y ofrecernos para ayudarles; pero tú, Señor, vuelve a nosotros y ten piedad.

R. Señor, Tú sabes todo, bien sabéis que te amo (o refrán cantado).

V. Ante quienes se encontraban en dificultades, Señor, fuimos muchas veces indiferentes y hasta los despreciamos en vez de ayudarlos; pero tú, Señor, vuelve a nosotros y ten piedad.

R. Señor, Tú sabes todo, bien sabéis que te amo (o refrán cantado).

V. Al contrario de lo que tu Madre pidió, muchas veces nos olvidamos de rezar; y, a veces, por miedo, nos negamos a dar testimonio de la verdad y de la justicia; pero tú, Señor, vuelve a nosotros y ten piedad.

R. Señor, Tú sabes todo, bien sabéis que te amo (o refrán cantado).

V. Contemplándonos a nosotros mismos y a las obras de nuestras manos, hemos sido muchas veces infieles a las promesas del Bautismo, por las cuales nos hacemos discípulos tuyos; pero tú, Señor, vuelve a nosotros y ten piedad.

R. Señor, Tú sabes todo, bien sabéis que te amo (o refrán cantado).

V. Dirijamos ahora nuestra oración al Padre, y, como Cristo nos enseñó, le pedimos que perdone nuestros pecados:

Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día;

perdónanos nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a quienes nos ofenden; y no nos dejes caer en la tentación; y líbranos del mal. Amén.

9. Tiempo para la reconciliación sacramental individual

10. Ritos finales

Canto:

Ten piedad de mí, Oh Dios...

Oración

Señor Jesús, nuestro Salvador, que nos llamas a ser tus discípulos santos y que siempre nos acoges como amigo cuando, arrepentidos, regresamos a ti. Vuelve hacia nosotros tu mirada y haz que siempre, acompañados por vuestra Madre Santísima, sigamos tus caminos con renovado amor. Tú, que eres Dios con el Padre, en la unidad del Espíritu Santo.

Todos: Amén.

Rito de conclusión

V. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu

V. La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre ustedes y les acompañe siempre.

R. Amén.

V. Id en paz y el Señor os acompañe.

R. Demos gracias a Dios.

Canto:

13 de Mayo ...